



## P. Pedro Menéndez Cifuentes, S. I.

(Gijón, Asturias, 07/08/1939 – Oviedo, Asturias, 08/07/2017)

Creo que he conocido, querido y admirado a Pedro Menéndez, pero no conviví con él durante su larga actividad en el Colegio de la Inmaculada, ni encuentro informantes capaces de darme detalles de esa historia. Llegué a Gijón, cuando él se aproximaba a su jubilación. Todavía alcancé a acompañarle en una manifestación a favor de los colegios concertados. Nos dieron un silbato. Me llamó la atención el vigor y la cadencia de su pitido, y cómo iba de un lado a otro de las filas animando la marcha; me dijeron que era músico y buen jugador de pala: un señor alto y atlético. Entonces no nos conocíamos sino por el saludo de bienvenida en el comedor. Al día siguiente lo vi a través de los cristales de la ropería de la comunidad planchado su ropa. Arreglaba toda clase de aparatos, relojes, tocadiscos, batidoras, radios, teléfonos, televisores. Enseñó siempre religión, filosofía e historia de la música. No lo recuerdan solo como profesor eficaz, sino como maestro. Enseñaba a pensar también en su clase de música. Fundó y dirigió el coro de padres. Nuestra amistad prendió enseguida, desde luego por empatía, ayudada por nuestras comunes aficiones filosóficas, artísticas y deportivas.

-¿Y musicales?

Intentó educarme en ellas; desistió. Me decía que era pena que no me asomara a las riquezas de ese mundo. De sus explicaciones me pareció entender que sin perjuicio de los placeres emocionales y su tropel de imágenes, lo que apreciaba era la forma pura musical: el juego que se establecía entre los sonidos, y que no obstante nacer y morir en el tiempo, se sostenían ante él como un edificio o un paisaje escuchado. Yo le preguntaba si ocurría lo mismo que en la pintura, en la que la mirada de un buen ojo se desinteresa del asunto y puede llegar a ahogarse de emoción ante el diálogo entre un verde sordo, oliva, y un escarlata vibrante, entre una gradación de grises.

-Algo así. Escúchalo en la música.

-No puedo.

La virtud más comentada los días de su enfermedad y de su muerte, era su servicialidad. Nunca se negaba a ningún ruego. El empaque humilde y serio de su persona hacía que estos ruegos no fueran caprichosos; pero sí innumerables y de ocupación larga. Le he visto dedicar semanas a pasar música y videos de cintas a disquetes para complacer a un amigo. No escatimaba tiempo, si no le alcanzaba el día, acudía a la noche. Y siempre con una media sonrisa inteligente y grata, animaba a confiar en él y alegraba, acogía.

Sabíamos que su personalidad era rica y profunda. En la homilía de su funeral el P. José Manuel Peco, superior de la comunidad, acumuló sus virtudes en torno a cuatro focos: El Padre Cifuentes era un caballero, un creyente, un sacerdote, un jesuita. No omitió su afición a los deportes y sus habilidades manuales, su talante acogedor, su capacidad para la amistad. Cierto.

Sabemos lo que es un caballero. En Pedro destacaba un matiz, la ausencia de intereses propios, su entrega a los ajenos, y dentro de ello la sobriedad que llegaba a la pobreza: practicaba esta clase de elegancia en el ajuar de su cuarto y en el vestir. Con ocasión de una reforma del edificio eligió la habitación menor y peor situada. Yo entonces

era ministro, le dije que para su taller de tantas artesanías y para su colección de material de música le convenía una habitación mayor. Me contestó que no quería perder la ocasión de ser un poco pobre.

Todo esto y más es verdad, y aun siendo importante y hondo, se apoyaba en una virtud única que dotaba al conjunto de un aire común: su instalación radical en la verdad. De aquí nacía aquel aire suyo exterior inteligentemente escéptico respecto de toda clase de constructos ideológicos, su capacidad para distinguir lo que en los relatos, cualesquiera que fueren, hubiera de intereses, temores, refugios, seguridades añadidos a las cosas y a los hechos. Su cristianismo era muy puro. Podría parecer frío, a quien identifica la verdad evangélica con su exaltada y explicada y legítima deformación; pero era lo contrario: simplemente fe; no una adhesión al mensaje cristiano como la que se tiene a un partido, ni una adhesión a Jesucristo como a un jefe con culto a su personalidad. Pedro era, como se predicó en la homilía de su funeral, un creyente, en el sentido honesto de la palabra, no un refugiado en atenuantes de la fe. Su instalación en la verdad, tan sobrecogedoramente seria, acontecía, a mi parecer en niveles previos a su concreción religiosa. Esta era verdadera porque radicaba en dichos niveles y los asumía. Es muy probable que Pedro tuviese formulada su actitud pues inteligencia, libertad y conocimientos teóricos le sobraban. Desde luego, la vivía; era su fuente de sentido. Yo la entendía así: Para él ser era ser verdadero, no disponer de un sistema ideológico en el que protegerse, no importando las garantías de seguridad con las que le adornasen. Las legítimas las asumía haciendo descender al plano de su instalación radical. No las hacía tuyas como una posesión, sino que las hacia ser él y él se hacía ellas. Creer era existir. Este escepticismo respecto de todos los sucedáneos de la verdad profunda, podría desconcertar a algunos; al no comprenderlo.

Su instalación se manifestaba hasta en las situaciones más insignificantes de su vida; no sólo en las religiosas. En las conversaciones, en las lecturas de prensa, en los discursos de televisión, en las películas, que vimos juntos casi infinitas, a las apologías de cualquier signo, reaccionaba con un gesto de disgusto despectivo, siempre que la ideología se subrogaba en el lugar de la verdad; decía:

-¡Va! ¡Doctrinona!

A la verdad en la que vivía instalado pertenecía la de la complejidad humana, que no se deja simplificar y falsear en un cerramiento doctrinal. A ella pertenece el componente de fragilidad y ternura. Pedro nos veía así a los demás y a sí mismo. Creo que esta visión era parte del idioma que hablaba la sonrisa que no se le caía nunca de la cara, su tolerancia, su paciencia, su caridad. Y también su estoicismo cristiano, esto es sin fatalismo sino resultante de su fe en la providencia, en cuya verdad se cree y cuya estrategia se nos oculta.

Pedro y un servidor coincidíamos en el achaque del insomnio. Después del telediario entraba en la sala de la televisión con sus disquetes llenos de buenas películas me leía los títulos. Nunca me impuso sus gustos, que los tenía; accedía a mi egoísmo, sin poner reparos. Las discutíamos sobre la marcha haciendo de ello ejercicios de sabrosa amistad.

Su enfermedad y su muerte fueron ampliamente comentadas por la prensa, tanto por el personal de plantilla como por espontáneos que escribieron cartas al director. El funeral fue muy emotivo, Se revistieron 25 sacerdotes. El coro ejecutó canciones que Pedro les había ensayado. Terminamos con el himno del colegio, que Pedro restauró el año 1970. A no pocos se les saltaron las lágrimas; a mí, sin ir más lejos.

Antonio Pérez, S.J.  
Gijón, 12 de julio de 2017